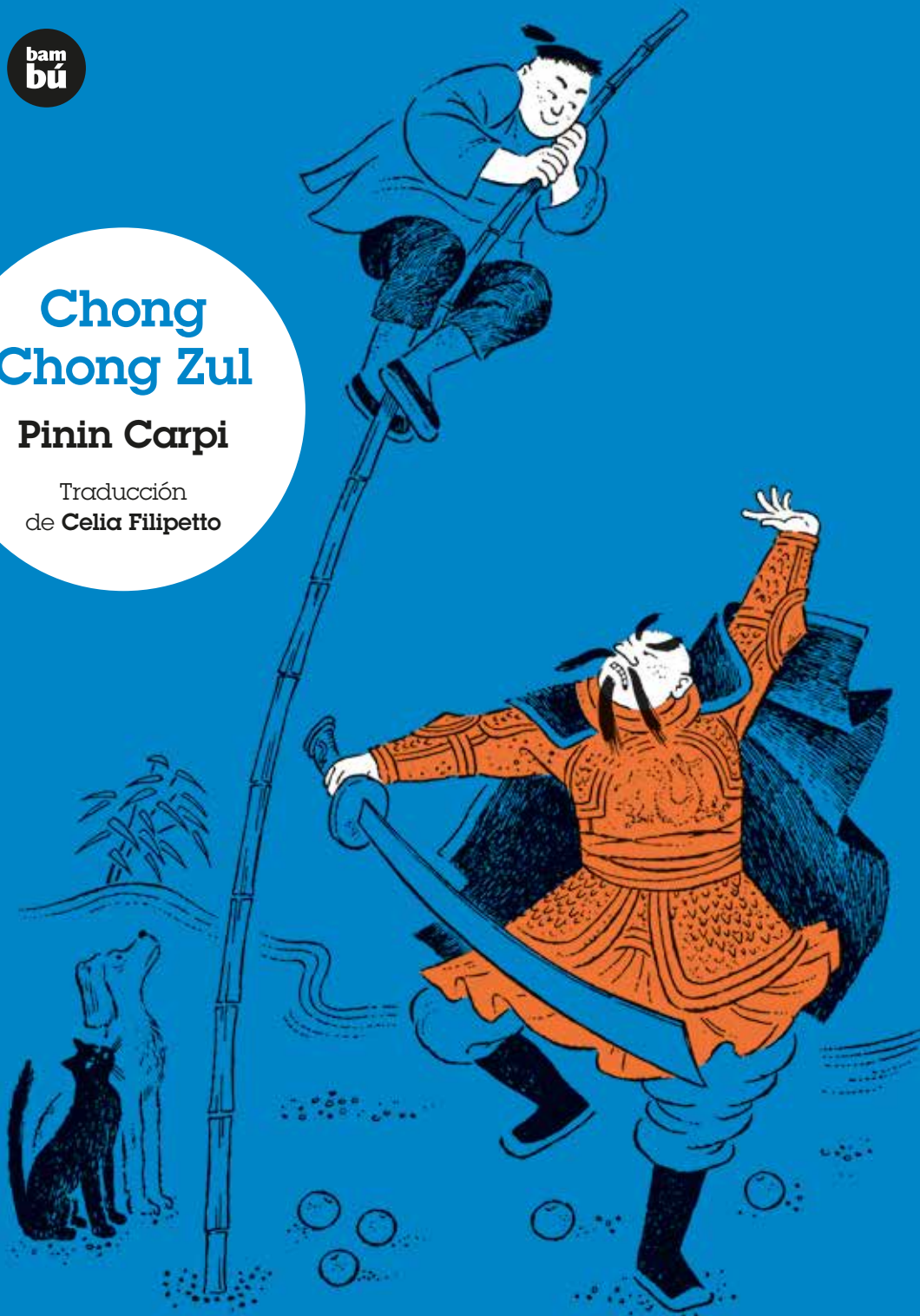


bam  
bú

# Chong Chong Zul

Pinin Carpi

Traducción  
de Celia Filipetto



## La nubecita que llegó a los huertos de naranjos

**Había una vez** en la China un chino vestido de azul y naranja que se llamaba Chong Chong Zul. Tenía los pantalones azules y la chaqueta naranja, las zapatillas azules y los calcetines naranja, y en el bolsillo llevaba un pañuelo naranja y una pipa azul.

También su pelo era azul, azul oscuro, pero la cara no era naranja: era amarilla, redonda redonda como un pomelo, aunque había nacido en la China entre mandarines, que no hay que confundir con las mandarinas, que son las naranjas de la China y tienen el color de las naranjas; por eso son naranjas, aunque parezcan naranjitas.

Chong Chong Zul tenía un perro todo anaranjado y él lo llamaba Zul, que en la lengua de los chinos significa 'del color de las naranjas'. Pero no lo llamaba Zul porque fuera

anaranjado, sino porque, cuando ladraba, en vez de hacer «guau guau guau» como los demás perros, hacía «zul zul zul», no sé por qué.

También tenía un gato azul, y Chong lo llamaba Na Ran Chong, que en la lengua de los chinos significa ‘azul’. Pero cuando maullaba, ese gato raro no maullaba su nombre como el perro, es decir, no decía «naranchooong naranchooong», sino que decía «miau miau miau» como nuestros gatos, porque ese gato chino prefería maullar en nuestro idioma. Tanto es así que «miau», que parece una palabra china, es una palabra en nuestro idioma, que significa nada más y nada menos que ‘miau’. Pero cuando ronroneaba, en lugar de hacer «ron ron ron» hacía «ran ran ran».

Como muchos chinos, Chong Chong Zul guardaba un pececillo en una pecera. Ese pececillo no era rojo, sino azul; y no nadaba en agua, sino en naranjada. ¿Sabes qué nombre le había puesto Chong Chong Zul a su pececillo? Aunque fuera azul –y, como sabes, en la lengua de los chinos *zul* significa ‘anaranjado’–, le había puesto Zul porque cuando el pececillo tenía hambre hacía «zul zul zul» y soltaba burbujas.

Aquello era un verdadero lío, porque cuando Chong quería llamar al perro, acudía también el pececillo, que saltaba fuera de la pecera. Entonces, Chong tenía que salir disparado y devolverlo a su naranjada. Al final, como era pequeñito, decidió llamarlo Zulín.

Chong Chong Zul era un campesino de los buenos; estaba siempre en el campo, de noche y de día. Sí, también de noche, porque en aquel lugar siempre hacía calor. Y, además, era tan pobre que ni siquiera tenía una casa, sino

una enorme sombrilla azul y naranja. Debajo de la sombrilla tenía su cama con mantas azules y sábanas anaranjadas –pero la almohada era azul– y un hornillo azul con un buen fueguito naranja para hacerse la comida.

¿Sabes qué cultivaba Chong Chong Zul en los campos? En vez de cultivar árboles de mandarinas (que, como ya te he dicho, son las naranjas de la China), cultivaba naranjos, porque a él le gustaban más las naranjas. Y lo bueno es que la tierra en la que crecían los árboles era anaranjada, pero los troncos de los árboles, las ramas y las hojas parecían... pues sí, sí, ¡azules!

¿Sabes qué comía Chong Chong Zul? Siempre comía naranjas. Por la mañana, en cuanto se despertaba, se preparaba una buena taza de naranjada. Y en lugar de mojar pan, mojaba pieles de naranja azucaradas. A mediodía se preparaba un buen plato de espaguetis humeantes con pieles de naranja, aliñados con salsa de naranja y acompañados de una buena ensalada de hojas de naranjo. De postre tomaba un plátano, porque le encantaban los plátanos. Por la noche, para cenar, se conformaba con una sopita caliente de naranjada, y, como no tenía fideítos que echarle dentro, le ponía un montón de semillas de naranja, que a ti no te gustan porque son amargas, pero a él sí.

En fin, Chong Chong Zul sabía preparar muchas cosas ricas usando naranjas. Y, una vez que se las había comido, fumaba tan a gusto en su pipa azul.

Ahora bien, donde vivía Chong Chong Zul no todo era azul y anaranjado. Tanto es así que en los árboles había muchísimos petirrojos. Además, cuando comenzó la histo-

ria que te voy a contar, era primavera y los naranjos estaban cubiertos de flores blancas.

Una noche en que había una luna grande como un queso parmesano, a los campos donde Chong dormía a pierna suelta llegó, tal vez por error, una nubecita de nieve. De inmediato, la nubecita se puso a nevar y nevó tanto que en el cielo ya no quedó ni un copo. Por la mañana todo estaba blanco, blanco como el azúcar: la tierra, los árboles y también el hornillo, e incluso la cama de Chong Chong Zul. Porque, la noche anterior, Chong había cerrado la sombrilla para poder contemplar las estrellas antes de dormirse. Aunque no se había dado cuenta de nada, porque en aquel lugar siempre hacía calor, incluso cuando nevaba. Es más, Chong estaba tan abrigado que, mientras dormía, los copos de nieve se habían disuelto; por eso parecía sudado.

Cuando Chong Chong Zul se despertó, el sol acababa de asomar. Miró a su alrededor y vio que todo estaba blanco de nieve. Pero, como él nunca había visto la nieve, dijo:



–¡Cuánto azúcar!

Porque pensó que era azúcar. Naturalmente, como todos los chinos, en lugar de decir «azúcar», dijo «azúcal», pero yo lo he traducido para que lo entiendas. Luego dijo:

–¡Qué calor hace! ¡Qué sudado estoy! Pero con tanto azúcar puedo hacer mil tartas de naranja. ¡Qué bien!

Tan contento estaba que se relamió y se volvió hacia el hornillo azul, donde la noche anterior había dejado una taza de porcelana azul llena de naranjada para calentarla y tomársela por la mañana. Entonces la taza se había llenado de nieve; pero la nieve, como comprenderás, se había llenado de naranjada. Y Chong dijo:

–¡Cuánto azúcar hay en la naranjada! ¡Y eso que ya la había endulzado con diez cucharaditas!

Enseguida se metió en la boca una buena cucharada y, relamiéndose de lo rica que estaba, dijo:

–¡Qué helado!

De hecho, la nieve mezclada con la naranjada se había convertido en un auténtico helado, un helado de naranjada. Y Chong se lo comió todo, sin dejar ni un poquito. Luego probó la nieve sin naranjada y dijo:

–¡Qué raro! Un azúcar que no es dulce. Pero hay tal cantidad de este azúcar helado tan extraño que me pondré a preparar muchos helados de naranjada y luego me iré a venderlos a la ciudad.

Y se pasó toda la mañana llenando tacitas azules con naranjada azucarada y nieve, de modo que a mediodía había llenado cien. Las colocó bien ordenadas en uno de esos armarios con estantes que los chinos cargan a la espalda

como nosotros llevamos las mochilas, metió la pecera con el pececillo en una red y, tras echarse ambos a la espalda, se fue rumbo al río seguido de su perro Zul y de su gato Na Ran Chong.

## 2

### El barquero goloso

**A orillas del río** había un barquero gordo, con la cabeza pelada y largos bigotes negros, que se llamaba Komi Lon. Dormía cerca de su barca y roncaba a más no poder. Mientras dormía seguía mascando. Chong lo llamó:

–¡Eh, barquero! Despierta, por favor. Tengo que ir a la ciudad.

Pero el barquero siguió durmiendo.

–¡Despierta! –insistió Chong–. No puedo darte dinero porque no tengo. Pero podrías ser tan amable de llevarme igualmente.

Y el barquero roncó con más fuerza.

–Aunque podría darte un rico helado de naranjada –añadió Chong.

De inmediato, el barquero abrió los ojos, se incorporó y dijo:

–Dámelo.

Chong se lo dio y el barquero lo devoró en un pispás, a grandes lengüetazos porque era un maleducado.

–¿Me llevas ahora? –preguntó Chong Chong Zul.

–Dame otro –replicó Komi Lon–, que está muy rico.

Chong le dio otro. El barquero también se lo zampó en un segundo y enseguida dijo:

–¡Otro más!

Chong Chong Zul dijo:

–¡Toma! –y le dio el tercer helado–. Pero después me llevas, porque el exceso daña, y cuando se dice una cosa dicha está.

El barquero, con los bigotes chorreando helado, levantó la cara de la taza que acababa de vaciar a lengüetazos y dijo:

–Yo no he dicho que si me dabas los helados te llevaría a la ciudad. Pero si me das otro más, te llevo.



Entonces Chong dijo:

–De acuerdo. ¡Pero que sea el último!

Le dio el cuarto helado. Pero estaba tan furioso que el perro gruñó y el gato bufó mostrando las uñas. El barquero ni siquiera lo miró y, lametón a lametón, en un periquete hizo desaparecer el helado con su lengua. En cuanto se lo terminó, se echó en el suelo cuan largo era y empezó a retorcerse y a gritar:

–¡Ay! ¡Qué dolor de barriga! ¡Socorro! Llévame a ver al médico. ¡Ay, mi madre, qué dolor!

Chong Chong Zul estaba muy pero que muy enfadado. Aunque debía ayudar a aquel barrigón goloso.

–¿Y dónde encuentro un médico? –preguntó.

–En la ciudad, ¿dónde va a ser? ¡Aaay! –Y, rebotando como una pelota, Komi Lon rodó dentro de la barca.

Chong subió también con su perro y su gato, y puso en el fondo, en un lugar seguro, la pecera con el pececillo y la bolsa armarito. Después empezó a remar mientras Komi Lon gritaba a voz en cuello:

–¡Rema, rema, más deprisa, rema! ¡Vamos, que reviento del dolor! ¡Aaay, mi pobre barriga!

Y Chong le contestaba tranquilo:

–Remo como puedo. Yo soy campesino, no barquero. Si quieres que la barca vaya más deprisa, rema tú.

–¡Pero no puedo, ay, remar yo, ay, con este, ay, dolor, ay! ¡No tienes, ay, piedad, aaay! –se quejaba el barquero sacudiendo la barca con sus movimientos.

–Si yo no tengo piedad, tú no tienes vergüenza, ¡que no eres más que un zampahelados gorrón! Estoy seguro

de que mis helados te están pellizcando la barriga para castigarte por tu glotonería.

La ciudad por la que pasaba aquel río era la capital de la China. Cuando llegó a las primeras casas, Chong Chong Zul llevó enseguida la barca a la orilla, porque el barquero no hacía más que chillar como un descosido.

Había allí un hombre vestido de rojo de la cabeza a los pies, con un gorro blanco de piel y una larga cimitarra de oro, que contemplaba inmóvil el río.

–¡Por favor, señor! –le gritó Chong Chong Zul–, ¿no serás médico por casualidad?

Sin volverse, el hombre vestido de rojo contestó distraído:

–¿Cómo?

–Quería saber –repitió Chong– si por casualidad eres médico.

–No –dijo el hombre vestido de rojo–, soy el emperador.

–Entonces –le dijo Chong– no me sirves. ¿No sabrás dónde puedo encontrar un médico? Traigo aquí a uno que se atiborró con mis helados hasta que le dio dolor de barriga.

El hombre vestido de rojo estaba tan distraído que no contestó. Pero mientras Chong hablaba, el barquero dejó de quejarse de golpe, se levantó como un resorte del fondo de la barca y salió disparado gritando:

–¡¡¡El emperador!!! ¡Estoy frito!

El perro Zul lo persiguió ladrando enfurecido, mientras Chong, estupefacto, abría los ojos como platos. En un instante, Komi Lon desapareció al final de una calle, entre las casas.

### 3

## El hombre vestido de rojo que lanzaba canicas al río

**Aquel hombre** vestido de rojo con gorro blanco de piel y cimitarra de oro, mira por dónde, era nada más ni nada menos que el emperador, es decir, el que mandaba a todos los chinos y era dueño de toda la China. Después te contaré cómo había ido a parar allí y por qué contemplaba inmóvil el río en lugar de divertirse en su maravilloso palacio, grande como una ciudad, junto con sus cien mandarines. Pero esos cien mandarines no tenían nada que ver con las mandarinas, sino que eran señores importantes; mejor dicho, eran los jefes más importantes de todos. Se llamaban mandarines porque eran los chinos más gordos que había y tenían las mejillas tan rechonchas que sus caras parecían auténticas mandarinas.

Imagínate que, en su palacio, el emperador era atendido por centenares de ministros, cortesanos y mayordomos



y defendido por miles de generales, coroneles, caballeros, soldados y guardias.

Pero Chong Chong Zul había vivido casi toda su vida entre huertos de naranjos y ni siquiera sabía que hubiese un emperador. Por eso lo había confundido con un señor cualquiera, aunque, eso sí, un poquito extravagante.

La cuestión es que el emperador no solo contemplaba el río sin prestar atención a nada más, sino que, de vez en cuando, sacaba del bolsillo una canica, gorda como una cereza y del color de las perlas, y la lanzaba al agua. Después, abriendo mucho los ojos, clavaba la vista en el lugar donde se había hundido y se quedaba inmóvil como una estatua. Al cabo de un rato, sacudía la cabeza y suspiraba. Tanto es así que Chong Chong Zul pensó en charlar con él un poco para consolarlo.

–Ese barquero está como una cabra –dijo–. Los hay que salen corriendo cuando ven venir un médico, pero él quería ir a buscar uno. ¿Sabes por qué? Porque tenía ganas de comerse mis helados, y no de llevarme a la ciudad, donde al final he acabado viniendo, aunque he tenido que remar yo.

De vez en cuando, el emperador sacaba del bolsillo una canica... y la lanzaba al agua.

Pero el emperador seguía con la vista clavada en el río. Entonces, Chong Chong Zul prosiguió:

–Bueno, me voy a vender mis helados. ¿Quieres uno? Están riquísimos, son de naranjada.

–Gracias –contestó el emperador sin dejar de mirar el agua–, dame uno.





Chong le tendió una tacita de helado y después se echó la bolsa-armarito a la espalda. Sin volverse, el emperador empezó a comer.

–¿Está rico? –le preguntó Chong.

–¡Rico! –exclamó el emperador–. ¡Riquísimo! ¡Es una exquisitez!

Chong se lo quedó mirando y entonces el emperador añadió:

–Está muy pero que muy rico. Es excelente.

–¡Ya lo sé que está rico! –exclamó Chong Chong Zul–.

Pero podrías pagármelo, ¿no?

El emperador parpadeó, como si no hubiera entendido, y balbuceó:

–¡Ah, sí! ¿Cuánto cuesta? Pero...

–Una lira china –contestó Chong.

El emperador volvió a parpadear y, balbuceando un poco más, dijo:

–Es que no llevo dinero encima. Pero...

Debes saber que los emperadores de la China nunca llevaban dinero encima porque nunca les hacía falta. ¡Total, en su palacio tenían cuanto deseaban! Además, los chinos los temían tanto pero tanto que les entregaban todo lo que pedían sin solicitar nada a cambio. ¡Porque algunos emperadores eran tan tremendos que encarcelaban a todo aquel que le cayera fatal! Pero ese era un emperador bueno; además, estaba distraído.

–¡Entiendo! –dijo Chong Chong Zul–. Eres un pobre diablo sin un céntimo, como yo. No te preocupes. No te había dicho que los helados estaban en venta. Ahora

me recupero vendiendo todos los demás. –Y le guiñó un ojo.

Después se paseó por la orilla y ofreció helados a todos los viandantes.

La calle estaba flanqueada por casitas preciosas, con grandes ventanales y jardines repletos de árboles y flores, donde vivían los señores ricos. Era poco más de mediodía y a esa hora todos los habitantes, después de comer lo que solían comer los chinos, es decir, grandes cuencos de arroz con palitos, infinidad de aletas de pescado y dos o tres nidos de golondrina, habían salido a dar un paseo por la orilla del río para tomar el fresco, y no paraban de hacerse reverencias.

–¿Quieres un helado de naranjada, señor? –le ofreció Chong Chong Zul a un chino gordo, que agitaba un abanico enorme en la mano regordeta. Sudaba con tanta profusión que de las mejillas, la nariz y las orejas le bajaban infinidad de arroyuelos.

–¿Cuánto cuesta? –contestó el chino grandote con la cabeza levantada para darse importancia.

–Una lira china, señor.

–¡Qué marranada! –contestó el gordinflón, indignado. Y se marchó sacudiendo con enfado el abanico.

–Señorita –dijo Chong a una muchacha delgada como un paraguas cerrado, que caminaba dando pasitos, toda tiesa para parecer más hermosa–, ¿quieres un helado de naranjada?

–No sé..., tal vez –contestó ella sin detenerse, con una vocecita que parecía la de un grillo–. ¿Cuánto cuesta?

–Una lira china, señorita.

–¡Estará malísimo! –Y se alejó dando pasitos tan pequeños que, si no se prestaba atención, era como si no se moviese.

Nadie quería sus helados y, al cabo de un rato, Chong Chong Zul regresó al lado del emperador, que seguía inmóvil mirando el agua del río.

–Amigo mío –le dijo–, aquí nadie quiere mis helados. No me queda otro remedio que regresar a mi sombrilla en medio del campo.

El emperador lanzó al agua otra canica y se quedó viendo cómo se hundía, con los ojos tan abiertos que parecían dos huevos fritos.

–Aunque me gustaría saber –siguió diciendo Chong– por qué nadie quiere comprármelos.

–¿Cuánto cuestan? –preguntó el emperador, distraído.

–¡Ay, amigo mío, qué despistado estás! –exclamó Chong Chong Zul–. Ya te he dicho que cuestan una lira china.

–Pero los ricos no compran helados que cuestan tan poco. Creen que son malos y entonces... –aclaró algo irritado el emperador.

–¡Pero si están buenos! –lo interrumpió Chong–. ¿Por qué no iban a comprarlos?

–¡Pero nadie lo sabe! –continuó el emperador gritando con rabia sin dejar de mirar el río.

–Además –continuó Chong–, ¿acaso en esta calle son todos ricos?

–¡Sí, sí, son todos ricos! –gritó el emperador enfurecido–. ¡Son los señores más ricos de la China!

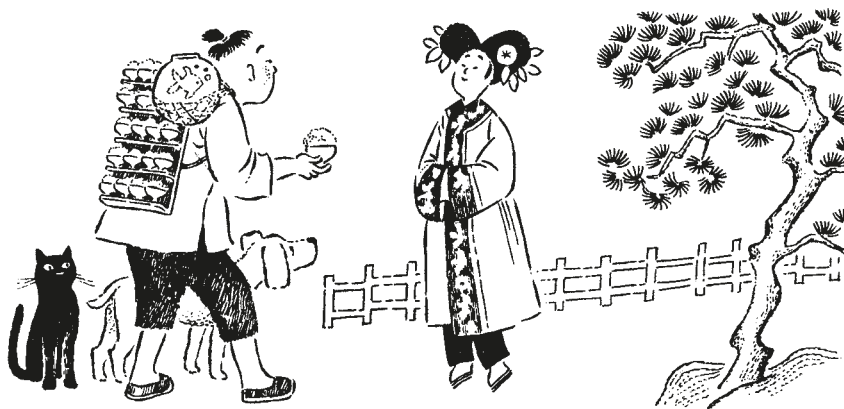
–¡Pero bueno! ¿Qué te pasa? –exclamó Chong Chong Zul un tanto enfadado por los gritos del emperador–. ¿A ti también te ha dado dolor de barriga? Gracias por el consejo. Los venderé a cien liras chinas. –Y salió a toda prisa para ofrecer de nuevo sus helados a todos los paseantes.

–¿Queréis comprar unos riquísimos helados de naranjada? –gritó–. No cuestan poco, es más, cuestan cien liras chinas. Compradlos, que son carísimos.

Y añadía a gritos:

–¡Son unos helados riquísimos! Preguntadle al emperador, que está ahí y se ha comido uno.

Todos aquellos chinos ricachones empezaron a comprarlos diciendo: «¡Qué rico!», y luego: «¡Qué exquisitez!», y además: «¡Nunca había degustado nada igual!», y después: «Son refinadísimos. ¡Imagínate que hasta el emperador ha comido uno!». Y al cabo de pocos minutos Chong Chong Zul había vendido todos los helados. O sea, que ganó nueve mil quinientas liras chinas. Fue corrien-



do con aire triunfal hasta donde estaba el emperador y le dijo:

–Amigo, me has dado un consejo magnífico. Ahora voy a comprar muchas cosas ricas y nos las comeremos aquí, a la fresca, junto al agua.

El emperador apartó un instante la vista del río y lo miró con severidad de emperador.

–Muchacho, ¿sabes quién soy? –le preguntó.

–¡Pero qué cara más ceñuda! –le contestó Chong echándose a reír–. No, amigo, no sé quién eres. Sé que no eres médico y que tienes otro oficio que no he entendido bien.

–Ya me figuraba que no te habías enterado de quién soy –dijo el emperador alzando la barbilla con soberbia–. Soy Chu Chin Han Wei Sui Tang Song Ming.

Imagínate, ese era el nombre complicado y larguísimo del emperador. Naturalmente, nadie lo recordaba entero; por eso sus súbditos lo llamaban Hijo del Sol o Luz de la Tierra, o bien se quedaban callados y dejaban que hablase él.

Después de haber dicho todos esos nombres, el emperador miró a Chong Chong Zul con una sonrisa triunfal, esperando que el campesino se muriera de miedo y se posttrara a sus pies. Pero como Chong jamás había oído aquellos nombres, contestó:

–Mucho gusto, amigo. Yo soy Chong Chong Zul. Mi perro se llama Zul, mi gato Na Ran Chong y mi pececillo Zulín. ¿Te gusta el pollo?

El emperador se sentía muy abochornado porque, por lo general, todos se inclinaban a su paso y no se atrevían a dirigirle la palabra por miedo a que se enfadara. Y ante

aquel campesino, que lo llamaba «amigo» y le preguntaba si le gustaba el pollo, solo supo contestar:

–Sí, sí..., el pollo está bueno. Pero...

–¿Qué? ¿Te apetece otra cosa? Puedes decírmelo, que no me ofendo –respondió Chong.

–Pero ¿tú sabes quién soy? –insistió el emperador poniéndose más y más ceñudo.

–Sí, sí, ya lo he entendido. Eres Ching Chu Tang Minh, quiero decir, Ming Mong Sun Ching..., quiero decir, Tan Zin Huan Munh. En fin, que lo he entendido y no lo he entendido. ¡Pero normalmente no te llamarán por todos esos nombres juntos!

–No..., con todos, no –balbuceó el emperador–. En sí, mi nombre es Wei Ming. Pero –continuó, poniendo otra vez cara severa– ¿te has enterado de que yo soy el emperador!?

Estas últimas palabras las dijo en voz muy alta, con ojos coléricos. Chong lo miró un poco indeciso y le contestó:

–Pero ¿por qué pones todas esas caras? Ya sé que eres el emperador, pero..., perdona..., ¿qué oficio es el del emperador?

Wei Ming se quedó tan pasmado que abrió la boca dos veces sin poder pronunciar una sola palabra. Después se volvió de nuevo hacia el río y lanzó otra canica al agua.

Chong Chong Zul pensó que aquel señor estaba un poco loco, y dijo:

–Espérame aquí, voy a comprar el pollo. Nos daremos un buen atracón. Es más, compraré dos pollos: uno para ti y otro para mí.

Y se fue con el perro, el gato y el pececillo mientras el emperador negaba tristemente con la cabeza sin dejar de mirar el río.

«Tal vez –pensó Chong Chong Zul– el oficio de emperador consista en lanzar canicas al agua».

## 4

### Las perlas mágicas

**Cuando Chong Chong Zul** regresó junto al emperador, llevaba en la mano un enorme cucurucho humeante con dos pollos asados y cuatro hogazas de pan.

–¡Qué bien! –exclamó Chong alegre–. ¿Sabes que yo no como más que naranjas?

Lo primero que hizo fue arrancar el muslo de un pollo y se lo dio al perro. Después separó un ala y se la dio al gato y desmigajó un poco de pan en la pecera del pececillo. El emperador, que seguía embelesado, murmuró:

–¿Nada más que naranjas? ¿Y ni siquiera comes un plátano de vez en cuando?

Chong Chong Zul tuvo que reconocerlo.

–Pues sí, plátanos también, pero pocos.

–¿Y nunca comes –prosiguió el emperador– mermelada, espaguetis o calditos y luego escalopes con ensalada?

–Sí que como, pero...

–¿De qué te quejas entonces, si comes un poco de todo? ¿Y no comes langostas y perdices?

Chong, finalmente aliviado porque podía contestar que no, dijo veloz:

–No, langostas y perdices, jamás. Siempre como naranjas.

–De acuerdo, no comes langostas ni perdices, que son viandas de lujo. Pero, si comes todo lo demás, ¿por qué te quejas? Los pobres siempre se quejan, incluso cuando tienen de todo.

Entonces Chong Chong Zul se echó a reír y dijo:

–Si yo no me quejo. Me encantan las naranjas, pero me gustaría comer un pollo. Eres tú el que está triste. Cómete tú también un pollo y se te pasará.

Y le ofreció el pollo entero. Pero Wei Ming, en lugar de aceptar el pollo, lanzó otra canica al río y después, como de costumbre, miró el agua fijamente con los ojos muy abiertos. Al cabo de un rato, sacudió la cabeza y, con un sollozo, murmuró:

–¡Ya no la veo!

–Claro que ya no la ves –le dijo Chong–. Se ha ido al fondo.

Wei Ming lo miró horrorizado y le preguntó con voz temblorosa:

–¿Se ha ido al fondo?

–Si la canica no flota es porque se ha ido al fondo –contestó Chong.

–¡Pero no era una canica, era una perla, una perla gorda!

Chong Chong Zul jamás había visto perlas, pero sabía que valían mucho dinero; por eso se quedó estupefacto y preguntó:

–¿Y tú tiras las perlas como si fueran piedras? ¿Estás loco?

–Muy a mi pesar. Fue el fantasma el que me lo dijo..., el que me gastaba bromas. En la cabeza llevaba un picamaderos rojo. Así vi a la muchacha más hermosa de la China, qué digo, del mundo.

–¿Dónde la viste?

–¡En el río! –gimió Wei Ming–. Y ahora ya no la veo.

–¿Se estaba bañando?

–¡Qué va! ¡Qué va! Era un hechizo. Porque, verás, una noche me fui a dormir, y al día siguiente debía irme a la guerra.

–¡Pobrecillo! –se compadeció Chong Chong Zul–. ¿Y contra quién debías luchar en esa guerra?

–No sé contra quién. Los generales decidieron contra quién debía guerrear. Yo soy el que manda a los generales, pero ellos son los que deciden si se va a la guerra contra este o bien se va a la guerra contra aquel otro, y así. En fin, que me fui a dormir y, en un momento dado, noté un picotazo tan fuerte en la nariz que me desperté.

–¿Era un mosquito?

–¡Qué va! Era un picamaderos rojo. Después noté que me hacían cosquillas en los pies. Y entonces, junto a la cama, vi un fantasma pequeñito. ¡Él era el que me hacía

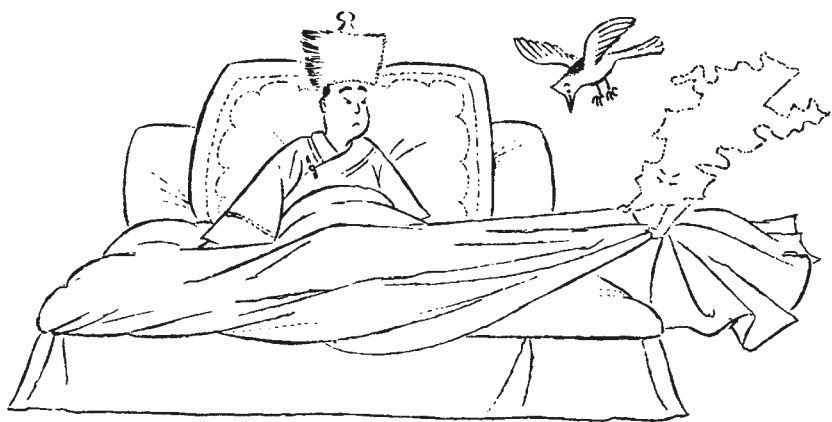
cosquillas! Y el picamaderos fue a posarse sobre su cabeza. Yo me asusté, pero el fantasma reía como un loco. Luego, de repente, me arrancó la sábana. Empuñé mi cimitarra y traté de traspasarlo. Pero ya se sabe que los fantasmas son sábanas de mentira, que por dentro están vacías. Él reía, agitándose en el aire como una bandera, y más tarde empezó a hablar: «¡Mi querido emperador de la China, eres un miedoso de cuidado si te asustas de un fantasma!». ¡Imagínate qué grosero! Yo no soy miedoso. El caso es que no esperaba verlo.

–Pero era pequeñito, ¿no?

–Sí, pero aun así era un fantasma. Además, también estaba el picamaderos rojo.

–¿Tú le tienes miedo a los pájaros carpinteros rojos?

–No, no les tengo miedo a los pájaros carpinteros rojos; pero también estaba el fantasma. Y va y me dice: «¿Sabes quién me ha mandado a verte? ¿Lo sabes?». Y espera. Y le digo: «El emperador de los fantasmas». Y me dice:



«Frío frío». Y le digo: «El emperador del país contra el que guerrearemos». Y me dice: «Frío frío». Y le digo: «Otro emperador». Y me dice: «¡Pero qué emperadores ni qué ocho cuartos! Me manda la mermelada de cerezas. No, no, el flan de pistacho. No, me manda la nata montada». En aquel momento, el picamaderos rojo empezó a darle fuertes picotazos en la cabeza y dijo: «¡Ay, ay! Que sí, que sí, que me dejo de bromas».

–¡Pero un fantasma no nota el dolor! –lo interrumpió Chong Chong Zul.

–Bueno –continuó Wei Ming–, pero él sí. Entonces añadió: «Me manda el hada Valentina Tomatina». Y le digo: «¿Es mi protectora?». Y me dice: «¡Qué va! Es la protectora de los pobres, no de los ricos. Pero dijo que debe cuidar de vosotros, los emperadores, porque si no se tiene cuidado causáis un montón de problemas». Y entonces le pregunto: «¿Qué es lo que me manda decir?». Y me responde: «Te manda decir que mañana por la mañana, al amanecer, antes de marchar a la guerra, debes ir a la orilla del río y llevar una perla gorda como una cereza. La lanzarás al agua y, cuando la perla se haya hundido, verás aparecer tu destino». E inmediatamente después, desternillándose de risa, el fantasma empezó a volar a toda velocidad por mi alcoba. Pasó muy cerca de mí y, tras gritarme «¡buuu!», salió por la ventana como una ráfaga de viento, seguido del picamaderos rojo, que le gritaba con voz muy enfadada: «¡Déjate ya de tanta broma! ¡Más seriedad!».

–¿Un picamaderos que habla? ¡Esta sí que es buena! –exclamó Chong Chong Zul soltando una carcajada.



–¡No hay nada de qué reírse! –exclamó el emperador, disgustado–. Pues hablaba, ¿y qué? Se ve que había aprendido. Bien, a la mañana siguiente, tal como me había dicho el fantasma, fui al río con una perla gorda como una cereza y la lancé al agua...

–¿Y qué viste? –le preguntó Chong, emocionado por la curiosidad.

–Vi a la más hermosa, la más espléndida, la más maravillosa, la más dulce...

–¡¡Tarta de naranjas!!! –lo interrumpió Chong Chong Zul tratando de adivinar.

–¡Qué va! ¡¡Cállate!!! Vi a la muchacha más hermosa que pueda existir. Apareció como una imagen, ahí, en el agua. ¡Bonita! Con unos ojos verdes y un cabello negro que eran lo más hermoso del mundo.

–¿Y tú qué hiciste?

–Me lancé al río. Pero, naturalmente, no era más que una imagen. Además, no sé nadar y estuve a punto de ahogarme. Por suerte, me rescataron. Y, mi querido Chong Chong Zul, desde entonces soy un alma en pena. Fui y les dije a los generales que ya no iríamos a la guerra. Protestaron y mandé que los metieran a todos en la cárcel.

–¡Bravo! –gritó Chong–. Hiciste muy bien. A cuantos quieren ir a la guerra hay que meterlos en la cárcel. Así habrá paz para todos.

–Después –prosiguió Wei Ming– cogí las otras perlas y vine aquí noche y día para ver aparecer de nuevo a la muchacha más hermosa del mundo. Entretanto, mandé enviados a todas partes en busca de la joven de mi destino. La

buscaron entre las reinas, las princesas y las muchachas nobles de todos los países. Mandé incluso a los ministros, a los mandarines, a los generales...

–Pero ¿a los generales no los habías metido en la cárcel? –preguntó Chong Chong Zul decepcionado.

–Nombré otros. Pero... ¡ay de mí! Ninguna de esas muchachas se parecía siquiera un poco a aquella flor, a aquel rostro bendito, ni tenían aquellos cabellos nocturnos ni aquellos ojos marinos. No se parecían a aquella imagen de luna y estrellas. Un buen día –Wei Ming comenzó a sollozar–, quiero decir, un mal día, la imagen dejó de aparecer. Desde entonces vengo aquí, lanzo perlas, paso las horas, lloro, lanzo perlas... Sin embargo, nada, el agua fluye. Nada, ya no veo nada. Estoy desesperado. –El emperador lloraba un río de lágrimas.

Chong Chong Zul estaba conmovido. Se le acercó y, posándole una mano en el hombro, le dijo:

–¡Anda, no te lo tomes tan a pecho! Cómete este pollo asado y te consolarás un poco. Que cuando uno ha comido, se encuentra mejor. ¡Si supieras qué rico saborcito a romero tiene!

Entretanto, Chong Chong Zul devoraba su pollo y, de vez en cuando, lanzaba un trozo de pechuga al gato Na Ran Chong y un hueso al perro Zul.

–¡No! –gimió Wei Ming–. No tengo hambre. Pero me gustaría tomar té.

–¿Quieres té? Voy enseguida a traerte una buena tetera.

–Sí –añadió Wei Ming–, pero quisiera té de jazmín.

–¿Té de jazmín? ¿Y por qué?

–De un tiempo a esta parte es lo único que consigo tragar. Además –dijo el emperador con voz apagada–, la muchacha del río llevaba un vestido verde con flores blancas de jazmín.

–Entonces –dijo Chong Chong Zul– vamos a buscar té de jazmín. Pero será mejor que me acompañes. Si hay que andar mucho para encontrarlo, cuando te lo traiga se habrá enfriado.

## 5

### El té de jazmín

**Chong Chong Zul** se puso en marcha con su perro, su gato y su pececillo y, fumando su pipa, enfiló un caminito flanqueado de flores lila de lilo. El emperador lo siguió pasito a paso, sin dejar de lagrimear.

–¡Dónde estarás, hermosa mía! –suspiraba–. ¡A saber si encontraremos té de jazmín! ¡A saber!

En un momento dado, vieron una casita que olía a rosas y estaba cubierta de rosas de color rosa. Tan cubierta estaba que las flores bajaban a montones del tejado hasta los senderos del jardín, cubiertos de rosas, y luego trepaban a montones por la verja hasta llegar al caminito.

Entre las rosas, apenas se veían las ventanas y la puercecita de madera de rosa. Delante de la puercecita, entre las rosas, había una señora con un traje rosa y una rosa en el